

DOMINGO 6º de CUARESMA. Ciclo A

- DOMINGO DE RAMOS EN LA PASIÓN DEL SEÑOR -

“Quien pierde la vida por los demás, la gana para siempre”

Este domingo es el último de la Cuaresma, y nos abre de par en par las puertas de la “semana grande” para los cristianos: la Semana Santa en la que recordaremos y actualizaremos (los días del Triduo Sacro) el misterio de la Redención: la Pasión, Muerte y Resurrección de Cristo.

Y este es el gran acontecimiento de este domingo que llamamos “de Ramos en la Pasión del Señor”: da comienzo la Semana Santa, Jesús entra en Jerusalén, sabe lo que le espera. Es el pórtico que nos introduce al misterio de la Pasión de Jesucristo, que comenzó con su “entrada triunfal” en la ciudad santa de Jerusalén –que revivimos con la procesión de ramos-.

Pero es una procesión especial: no hay soldados, sino niños; no hay ricos, sino pobres; no hay príncipes, sino pescadores y recaudadores; no hay aristócratas, sino mujeres sencillas. Por espadas, ramos de olivos; por marchas triunfales, cantos populares, por carrozas y caballos, un burro y alfombras naturales.

Miremos la realidad de nuestra sociedad. Todas nuestras ciudades están necesitadas de paz. La peor guerra que hoy sufrimos no está declarada, pero está produciendo millones de víctimas cada año. Es la guerra que el economicismo de los países desarrollados tienen declarada a los países del tercer mundo, a los barrios y pueblos del cuarto mundo, son la peor guerra que se haya visto jamás y son culpables de crímenes de la humanidad; los grandes países responsables de las economías, las grandes empresas transnacionales, las grandes bolsas, los grandes bancos, deciden sobre la vida y la muerte de innumerables personas y de pueblos enteros.

¿Qué nos dice la Palabra de Dios?:

Profeta Isaías –primera lectura-: en este pórtico de la Semana Santa ninguna figura más oportuna que ésta del Siervo de Yahveh. Lleva sobre sí el dolor del mundo, pero tiene capacidad de iluminarlo desde la más grande paciencia y de una infinita confianza.

Carta a los Filipenses –segunda lectura-: como podemos apreciar en este texto, tenemos un Dios que sale de sí mismo, que se despoja de sí mismo, que desciende y se adentra por los dramáticos caminos del ser humano, un Dios que se empequeñece, se vacía, se convierte en nada, en carne de “pecado”. Todo este misterio sólo se explica por amor. El amor loco de un Dios que quiere salvar a sus hijos, pero no desde arriba o desde fuera, sino desde abajo y desde dentro, no por la fuerza, sino desde la benevolencia, la buena voluntad.

En el pasaje evangélico se nos presenta el relato de la pasión y muerte de Jesús, que pertenece al estrato más antiguo del Nuevo Testamento. No se trata de una interesante narración histórica, sino de una palabra viva que interpela. Es historia y mensaje de salvación.

En este domingo se proclama la Pasión del Señor. Es el principio de la Semana Santa y por eso proclamamos con emoción la historia del dolor más grande y del amor más fuerte, de la bondad más limpia y de la iniquidad más negra; la santidad y el pecado en sus límites extremos.

Para nuestra vida cristiana. Ha llegado “la hora” tan deseada y temida por Jesús, el momento de las grandes decisiones. En esta hora, Jesús entra en Jerusalén, culminando su larga marcha en la ciudad escogida –santa-, pero que “mata a los profetas”. Ha llegado la hora, sí. Jesús se dispone a entrar en la espesura del dolor, en su pasión amarga; pero también entrará en la espesura del amor, en su exaltación gloriosa.

Es una realidad: no está el mundo acostumbrado a que un hombre entregue su vida a favor de los demás. Parece más que estamos acostumbrados a que unos hombres quiten la vida de los otros, miremos a África, América, Europa... No se trata sólo de que recordemos los homicidios, en los que se repite el drama de Caín y Abel, ni la violencia de género –tan de moda últimamente-. Hay muchas formas de que los hombres arrebaten violentamente la vida de sus semejantes, la humanidad se ha habituado a las guerras, al hambre, a la tortura, a las opresiones, a la explotación sin tregua.

Pero también hay hombres y mujeres buenos en el mundo. Personas que viven ocupados por el bien de todos, exponen sus vidas por los demás y hasta llegan a perderla. Hay hombres y mujeres que se despojan, que son capaces de vivir en solidaridad, que cargan con todas las vejaciones de los oprimidos hasta perder ante la sociedad el trabajo, la libertad, el poder llevar una vida normal... La Pasión de Jesucristo es muestra inigualable de que el verdadero camino de la perfección de la persona es el amor a los demás, hasta ser capaz de dar la vida por ellos. La firme convicción de la fe proclama que quien pierde la vida por los demás, la gana para siempre.

*Vivamos con intensidad espiritual estos días, acompañando a Cristo
en su Pasión, Muerte y Resurrección,
y que la celebración de este Misterio Redentor
avive en cada uno de nosotros el deseo de ser dóciles a la voluntad de Dios,
así como afianzar nuestra fe y esperanza en el designio salvador de Dios.*

*Avelino José Belanguer Calvé.
Delegado episcopal de Liturgia.*